

de los hombres sujetos á su impaciencia, diciendo: ¡Cómo! ¿que tengas habilidad y maña para amansar un leon y hacerle doméstico y tratable, y el furor y impaciencia de tu alma le tienes mas sañudo y cruel que el mismo leon? Cosa maravillosa es que, habiendo dos tan dificultosos impedimentos para amansar un leon, el uno ser animal sin razon, y el otro ser el mas fiero de todos los animales, con todo eso, repartió Dios á los hombres arte y habilidad para vencer estas dos cosas y amansarle, y que el que tiene saber y maña para vencer tan fiera naturaleza, como la de semejantes fieras, no pueda ó no se amañe á vencer la fiera que dentro de sí mismo tiene; antes escurezca para consigo el bien que Dios le comunicó, con que vence la fiereza de las bestias. Así que si emprendieses amansar otro hombre bravo, no podrias poner otra excusa sino que no está en tu mano ni eres señor de su voluntad, pues es ajena, y ahora, siendo la tuya la fiera que se ha de amansar, tú, que tienes poder de subir las fieras á la dignidad de la mansedumbre, te derribas de la que tú puedes gozar, arrojándote al furor y braveza de las bestias irracionales. Finge que tu impaciencia es una fiera, pues pon tu la diligencia para domarla, que otros ponen para domar un leon, y vuelve tu pensamiento blando y manso, pues sabes que no le faltan dientes ni uñas con que, si te descuidas y no la amansas, á tí y á tus cosas un día te despedazará; porque, no hay leon, no hay víbora que así procure desmenuzar las entrañas de un hombre, como su propia impaciencia, destructora de cuanto hay en el hombre. Algunos hombres hay que crían en el cuerpo gusanos que no les dejan respirar, porque les comen y roen las entrañas; y nosotros criamos esta ponzoñosa víbora de la impaciencia, que roe y despedaza las entrañas de nuestros hermanos. Hasta aquí son palabras de san Juan Crisóstomo, el cual en otra homilia nos dice otro gravísimo daño que hace, que es hacer que las cosas pequeñas, en tiempo que del hom-

bre se apodera, parezcan grandes; porque, así como mientras dura la buena y verdadera amistad, las cosas que de sí son graves y molestas parecen á los ojos del amigo ligeras, así, en tiempo del enojo, las que de suyo son livianas y ligeras son tenidas por gravísimas. Y así como una centella pequeña de fuego, si le poneis mucha cantidad de leña, no por eso la quema luego, por su poca fuerza y virtud; pero cuando el fuego es muy crecido y la llama ha tomado fuerza, no solo la leña, por mucha que sea, sino las piedras abrasa, y aun todas las cosas que suelen apagarle sirven de encenderle mas, pues en este estado, no solo la estopa y pajas y otras cosas semejantes enciende, sino tambien el agua, aunque con mayor impetu se le eche, la enciende; así hace el airado, que cualquiera palabra que se le diga, la hace materia de impaciencia y furor.

Pues si esto es así, ¿quién no huirá tan mala compañía, por quien la buena se pierde, y todo lo ganado en muchos años, que, cuando no puede alcanzar la venganza que desea, ni poner las manos en su contrario, las pone en sí mismo? Por lo cual en el libro de *Job* es comparado el impaciente al tigre, animal ligerísimo y ferocísimo, del cual cuenta Plinio que cuando le toman los hijos vuela tras el que se lo llevó, y cuando ya no puede mas, se despedaza á sí mesma. Séneca la compara á una muralla que cae de alto, que se desmenuza, y destruye la casa que coge debajo. Y aun David en un salmo, diciendo: ¿Hasta cuándo fatigais á un hombre y le matais y acabais todos juntos, como una pared que va á caer y una muralla rempujada? Y la version caldea dice: ¿Hasta cuándo bramais contra el misericordioso, hasta cuándo cometeréis este homicidio todos vosotros, como un lienzo de muralla inclinado para caer, que se mata á sí y á los demás? Desta manera es la impaciencia, y esta es la obra que hace al que della se acompaña.

## LIBRO SEGUNDO.

DE LOS TRABAJOS Y ADVERSIDADES QUE SON MATERIA DE LA PACIENCIA, Y DE LAS RAZONES POR QUE QUISO DIOS AFLIGIR Á LOS HOMBRES CON ELLAS.

### PRÓLOGO.

Todas las cosas (dice la *Sabiduría*) hizo Dios con su cuenta y razon; en su peso y medida las hizo todas; todas tienen su por qué tan ajustado, que no queda lugar de ponelles tacla ni descubrirles pelo, como salidas de aquel abismo de infinita sabiduría; pero las obras suyas en esto se diferencian de sus mandamientos, que las obras no traen tan descubierta la razon por que las hizo, y la justificacion, como las que manda hacer á los hombres, de quien dice David que los juicios de Dios son verdaderos y su justificacion está en ellos mismos. Hase Dios con los hombres como un mercader con sus amigos: á uno dice, cuando le da el paño ó la mercadería. Tomadla, y veis ahí esa vara ó peso; medildó vos

allá ó pesadlo; á otro amigo dice: No teneis que medir, que medido va. Del primer amigo se fia el mercader, y el segundo quiere que se fie dél. Las cosas que Dios nos manda nos dice que las midamos nosotros, y para eso nos da el juicio y entendimiento con que las midamos, porque ninguna nos manda que no sea muy conforme á razon; y así, las hallamos conformes á ella, que ninguna cosa falta ni sobra; dentro en sí se traen su razon y su justificacion; pero sus obras dice que están medidas, que no tenemos que medir; porque hemos de cerrar los ojos de la razon y abrir los de la fe; esto es lo que el Profeta dice: «Si no creyéredes, no lo entenderéis.» Y asimesmo lo que san Agustin y san Basilio dicen sobre aquel verso del salmo: *Rectum esse verbum Domini, et omnia opera ejus in fide*, dice san Agustin;

La palabra de Dios es recta, que no la hallaréis falta ni nada torcido. San Basilio, que todas sus obras en la fe, que con ella se han de creer, y no medirse ni apearse como las que nos manda. Tal es la conversion del Ladrón y la perdicion de Júdas, tal la facilidad de la vocacion de Mateo y la dificultad del paralítico que descolgaron por el tejado. Estos secretos, dice el mismo san Agustin, no quieras juzgar, por qué trae Dios á sí á uno y deja al otro, si no quieres errar; como quien dice: No es esa de las obras que se han de medir con tu juicio, sino con el de Dios; pero dice san Anselmo que, así como es locura buscar razones de la fe antes que creamos, así es gran negligencia no buscarlas después de haber creído, para esfuerzo, consuelo y ejemplo de los creyentes. Uno de los secretos, cuya medida y razon reservó Dios para sí, es porque quiso llevar los hombres por el camino áspero de los trabajos y adversidades, mayormente á sus siervos y amigos; cuya razon descubrirá en el día de la revelacion, que san Pablo dice que será el último día. Pero con la licencia que nos da san Anselmo, y por mejor decir, el mismo Dios, de buscar, después de haber creído, las razones en las divinas letras y en los santos, sirve este segundo libro de poner aquí las que hemos podido recoger que vengan aquí mas á propósito, porque envia Dios trabajos á los hombres, siendo él tan dulce y piadoso; lo cual se hará cuanto diga primero dos ó tres consideraciones cerca de los mismos trabajos.

### DISCURSO PRIMERO.

De cuántos y cuán generales son los trabajos desta vida.

Una de las razones por que al principio dijimos que era de general provecho este libro, fué por serlo tanto los trabajos y afliciones desta vida miserable, que ningún estado hay, por pintado que sea, que del todo sea dellas reservado; lo cual, aunque tiene poca necesidad de probarse, pues todos nos quejamos dellas, en una palabra nos lo dice el libro de *Job*, cuando dice que la vida del hombre sobre la tierra no es otra cosa sino una perpetua guerra. Y aunque hay algunas Biblias que donde dice *militia* dice *malitia*, lo mesmo se es; porque ese vocablo significa penas y trabajos en la sagrada Escritura, y después de otros muchos lugares, se ve claro en el evangelista san Mateo cuando el Señor dice: Bástale al día su malicia, que es su trabajo. Y así lo nota san Jerónimo en este y otros muchos lugares, y aun en griego y latin tiene esta significacion, como parece en Homero, en muchos lugares de la *Odisea*; y la razon desta significacion es porque, como hay mal de pena y de culpa, así malicia de pena y malicia de culpa. Así que, por cualquier manera que se entienda, el santo *Job* dice que no es otra cosa esta nuestra vida sino un perpetuo pelear con los trabajos y afliciones. Y el mismo en otra parte decia: Todos los días de mi pelea espero el día de mi muerte, pues nadie vive sin ellas, aunque sea rey ó papa; detrás de aquellas vestiduras que resplandecen hay dos mil géneros de pesadumbres y tormentos. No mires, dice Crisóstomo, la púrpura, sino al alma muy saugrienta y colorada mas que la púrpura, ni mires la corona, sino los cuidados

que rodean su cabeza y corazon, los sobresaltos de día y de noche, los vuelcos en la cama, los peligros de la vida y de la honra. Y pone allí algunos ejemplos, á los cuales se puede añadir el de aquel rey que arrojó de sí la corona, diciendo que nadie sabia cuánto pesaba; que quien lo supiese no se espantaria de vérsela desechar de sí: Levántela quien no la conoce.

Pues si esto se dice de los cetros, coronas y tiaras donde parece que se vive sin trabajo ni cuidado, ¿qué dirémos del pobre y del que es menos que el Rey? ¿Qué de trabajos se representan en las comedias de los reyes, y príncipes del mundo! Y todos ó los mas, ó otros semejantes, han pasado así. Son estos grandes del mundo semejantes á aquellas grandes figuras de gigantes, que el día del Santísimo Sacramento salen en la procesion, que por su grandeza se divisan desde léjos sobre las cabezas de la gente, y traen á los mochachos y á los simples abobados; y sabido lo que es lo que así espanta, viene allí debajo sustentando aquella máquina un pobre hombre, cansado y sudando, salariado por una miseria por todo el día, que cuando á la noche se acaba la fiesta se deja caer sobre una pobre cama ó suelo, ó lo primero que halla, hecho pedazos, y á veces arrepentido, aunque sin provecho, de haber traído con tanto trabajo y tan poco fruto aquella carga tan grande, aunque por ella era mirado y respetado en la procesion. Tales son estos personajes grandes del mundo, que en esta procesion dél son los mas altos, ilustres y señalados con el dedo, levantados sobre todos, mirados de los niños, que no estiman mas de lo que parece; y bien mirado, son unos hombres flacos como los demás, y por ventura de menos fuerzas y quilates, que por una liviana paga traen á cuestras aquella pesada carga del oficio ó dignidad, sudando y cansados, que así lo confesarían si les apretasen los cordeles y tomasen su confesion; y cuando se acaba la procesion y la fiesta desta vida, si por su desdicha no les cabe buena suerte, se arrojan en aquella dura cama del infierno, cansados y quebrantados, como ellos lo confiesan en el libro de la *Sabiduría*, diciendo: Cansados venimos del camino de maldad, ¡oh que calles tan ásperas y dificultosas hemos andado! Y lo que dellas sacamos, ¿qué fué sino soberbia? Y esta ¿de qué nos sirvió? Y ¿qué provecho nos dieron las riquezas? Qué nos aprovechó tan triste y trabajoso sueldo de tanto trabajo?

Y si esta comparacion de los gigantes no basta, ó dijéredes que otro la dijo primero (aunque no por eso es peor), tomemos un gigante de bronce, que dura mas que el de palo y cañas, y sea el Coloso de Ródas, que á cabo de muchos años se cayó, y cuando cayó, se dice que apenas habia hombre que con los brazos pudiese abarcar el dedo pulgar, y dentro tenia grandes cavernas, y pinos y travesaños de hierro, culebras, lagartos y sabandijas. Esta es la figura destes oficios y dignidades. Unos señorazos que parecen de bronce, inmortales y perpetuos, y que relucen cuando les da el sol, y dentro están llenos de barras que les atraviesan el alma, y de maderas con que se sustenta aquella grandeza, y sabandijas y culebras que roen el corazon; desta manera viven, cuando tristes y cuando alegres, en tiempo de adversidad y de prosperidad. David decia: Señor,

apiadíos de mí, que me acocea el hombre, esto es, la carne, y no hay hora en el día que no me aflija; y no solo ella, sino mis enemigos, porque tengo muchos que pelean contra mí, y estoy temblando, no solo dellos, sino del día que mas favorable tengo á la fortuna, que ni ese día tengo hora segura de traiciones y zancadillas.

Pues si esto pasa en la vida de los príncipes, ¿qué diremos de los que poco valen y de los pobres, que, con no ser libres de congojas y cuidados del corazón, andan acosados de otras ordinarias, para pasar su vida y defenderla de infinitos contrarios que tienen; sujetos unos á hambre, otros á frío, otros á calor, otros al continuo trabajo corporal; otros, aunque desto no tengan cuidado, le tienen de la honra, del cumplimiento, de la venganza, de la injuria, etc.? Que, así como en una sala de armas tienen los reyes arma para chicos y para grandes y medizanos, así tiene Dios en el mundo trabajos para todas gentes, edades y estados; y la razón desto es, entre otras, que, como seamos los hombres de cuerpo y espíritu, y sean muchas cosas necesarias para sustentar la vida del cuerpo, demás y allende del poco saber que para conocerlas tenemos, se alcanzan con mucho trabajo; lo cual fué parte de la sentencia que fué dada contra nuestro padre Adán cuando Dios le dijo: Tu sudor te ha de costar sacar de la tierra el sustento todos los días que vivieres; porque ¿quién es tan ciego, que no vea con cuánto trabajo se ganan las riquezas, y con cuánto mayor se guardan y conservan? Como el Sabio dice: Donde hay muchas riquezas, también hay muchos que las coman, y que la hartura del rico no le deja dormir; lo cual dió á entender aquel rico del Evangelio, que, requebrándose con su alma y dándola licencia para holgarse, pues tenía trigo y vino y otros bienes para muchos años, dice: Alma mía huélgate, come, bebe, brinda, banquetea, que tienes riquezas y bienes para muchos años; pero no dijo duerme, por lo que el Sabio dice que la hartura del rico no le deja dormir; que las espinas y abrojos, cuales dice el Señor que son las riquezas, no dejan dormir al que sobre ellas está acostado. Pues ¿qué si consideramos que el hombre nace y vive necesitado de muchas cosas, para las cuales ha menester ayuda de vecinos, y no amigos, sino enemigos y contrarios suyos? Qué mayor miseria puede imaginarse? Sentía mucho este trabajo Salomón, cuando decía, tratando de los trabajos desta vida: Buscaba en todas las cosas algún descanso (dice); volvíme á otras cosas donde pensaba hallar paz y reposo, y vi las calumnias que unos hombres hacen á otros debajo del sol, y las lágrimas de los inocentes, sin tener quien los consuele, y las pocas fuerzas para resistir á los agravios y violencias que padecían, desamparados de todo socorro ni ayuda; y entonces tuve por mas dichosos á los muertos que á los vivos, y por mucho mas dichoso al que nunca nació, pues se escapó de ver tantos trabajos y males. Lo segundo, cuanto toca al espíritu, harta miseria y trabajo es, siendo imagen de Dios y pariente de los ángeles, andar atado á servir, como sirve, de buscar las cosas necesarias para el cuerpo, fuera de que se ocupa en defenderse con gran trabajo de su carne, que perpetuamente pelea por alzarse con el mando, siendo criada para obedecer, sabiendo que si el fin desta pelea para

en ser vencido, no puede ser mayor miseria para una tan noble criatura: Y cuando vengas y reine mientras vive, no alcanzó mas de ser reina de una fiera; la cual con sus pasiones conviene tener presa y encadenada, y vivir con congoja y cuidado de que no rompan las prisiones y le quiten la vida; la cual cuan grave y pesada sea en este ejercicio, san Pablo lo declara con aquel encendido suspiro que sacó, estando en esta consideración: ¡Ah, desdichado de mí! ¿Quién me librará deste cuerpo mortal? Pero porque no parezca negocio tan oscuro, que sea necesario sacarle de la escritura, bien será traer algunos dichos de filósofos, que, aunque sin lumbre de fe, con mediana consideración nos dejaron sentencias graves y doctísimas para despertar la nuestra.

Lo primero un poeta griego de los cínicos lo dijo breve y compendiosamente. No sé (dice) qué modo de vivir me pueda seguir; en la plaza hallo pleitos y otras cosas llenas de aspereza y dificultad, en la mar temores; si nada, pesada y miserable; si te casas, sobran cuidados; si no te casas, soledad; si tienes hijos, no faltarán trabajos; si no los tienes, careces del mayor contento. La mocedad es loca, la vejez enferma; no sé para qué es buena esta vida. Mejor fuera ó nunca haber nacido, ó morir luego en naciendo. Semejante sentencia es la de Eurípides, diciendo: Como nos habemos al revés en nuestros contentos, mejor parecerá (dice) la hora que uno nace juntarnos en su casa á llorar, reconociendo los varios males de esta vida que aquel comienza, y al que con la muerte acaba los grandes trabajos desta vida celebrarle y regocijarle todos sus amigos. Cicerón dice de los de Tracia, que hacían esto, y alega á Herodoto por autor, lloraban al nacido y regocijaban al muerto. Plutarco, en una carta consolatoria á su mujer de la muerte de una su hija, le dice una sentencia de Sileno, que dijo á un rey Midas, y refiérela también Cicerón, y él usa también della, que el mayor bien que podía tener el hombre era no nacer, y tras este, el morir luego que nace; la cual sentencia también cita Eurípides. Platon, más copiosa y tan elocuentemente trata desta materia con estas palabras. Pregunto, ¿qué parte de la edad del hombre es libre de calamidades y trabajos? Decídmelo: luego que el niño cae á los piés de su madre, ¿no comienza la vida con lágrimas? Pues procediendo la vida, ¿qué molestia le falta? Siempre le veo apretado, ora de pobreza, ora de frío, ora de calor, ora de azotes. Pues antes que sepa hablar, ¿cuánto padece llorando, no teniendo otra manera de quejarse sino esta? Pues cuando llega á edad de siete años, después de pasados muchos trabajos, allí comienzan otros nuevos. El ayo, el maestro de las letras, el de otros ejercicios; pues ya el de geometría, el de la esgrima, el del caballo, el de la soldadesca, grande y pesada multitud de dómnes. Después desto, cuando sale de niño, allí lo salen también los trabajos y suceden otros mas crecidos: el estudio, la universidad, los propósitos de las letras, los azotes y castigos, y otros males sin cuento; porque han de vivir debajo del gobierno de los que los tienen á cargo. Pues salido deste trabajo, comienzan los verdaderos cuidados y la congoja, que manera escogerá de vivir, y los demás trabajos y molestias

en cuya comparación todos los pasados son pueriles y unos espanta-niños; porque hay guerras, heridas y perpetuas peleas, y otros cuidados de cosas graves. Pues ya cuando viene la vejez engañosa, adonde se viene á juntar todo lo que es miseria, enfermedad y flaqueza de naturaleza; y si luego no paga el triste hombre la vida á cuya es, como hacienda ajena, luego está sobre la cabeza la naturaleza, pidiendo logro de la muerte, que espera; al uno le lleva la vista, al otro el oír, y á veces ambas á uno, y si todavía alarga los plazos, le lleva las fuerzas y le atormenta, y le quita poco á poco los miembros; otros hay que en el ánimo son mas que mozos, remozándose de puro viejos; por lo cual los dioses, que penetran mas las cosas humanas, á los que estiman en mucho los sacan presto desta vida. Así lo hicieron con Agamedes y Trofonio; los cuales, habiendo edificado un templo en honra de Apolo, rogáronle que en pago desta obra se les diese lo mejor que se le pudiese dar. Quedáronse dormidos y nunca mas se levantaron. Así acaeció á los sacerdotes de Juno, que, rogando su madre á la diosa que les hiciese alguna gracia por la religion con que le servían, murieron aquella noche, que ella lo había pedido. Hasta aquí son palabras de Platon. Y aquí nadie se engañe, pensando ser estos dos casos verdaderos milagros, pues los dioses no lo eran.

Prosigue adelante Platon, trayendo excelentes dichos de poetas y filósofos, y discurriendo por todos los oficios y estados, en los cuales todos halla incomportables trabajos, y muchos mas en los que parece al vulgo vivir con mas contento y descanso; porque, después de haber dicho los trabajos y miserias que padece el oficial, y las lágrimas que derrama cuando se ve obligado á cumplir y remediar tantas necesidades como la vida tiene, con el trabajo de sus manos tan continuo, y los peligros de los que navegan los mares por pasar la suya, y las inclemencias del cielo y varias mudanzas de fortuna á que el labrador está sujeto, viene á tratar de los estados mas pretendidos en la república, que son los magistrados y los que tienen el gobierno del mundo, de quien solo dice la congoja con que viven, comparando su vida á la del ladrón, que siempre vive con sobresalto, picados de mil puntas y agujones que no les dejan dormir ni reposar, sujetos á mil desvíos, mas intolerables que la misma muerte; porque ¿quién (dice) puede ser bienaventurado, como el vulgo piensa que estos son, viviendo sujeto al mismo vulgo, aunque dél reciba mas aplausos y aclamaciones, siendo juguete y ludibrio del pueblo, arrojados, silbados y juzgados, condenados y muertos, y finalmente, miserable y lastimoso espectáculo á los ojos de los que los miran? Y al cabo pregunta este filósofo, ¿dónde está el mismo Axioco? ¿Con quién habla? ¿Dónde Melciades? ¿Dónde Temistocles? ¿Dónde Elialfes? Y ¿dónde todos los demás que fueron gobernadores y capitanes de la república famosos y señalados?

## §. II.

Prosigue la materia deste discurso con la sentencia de Cicerón.

Entre las sentencias destes antiguos filósofos no quiero callar la que escogió el mismo Cicerón, seme-

jante á esta, para consolarse de la muerte de su hija Tulia, la cual dice haber sacado de un libro que Crantor, filósofo, hizo del llanto, del cual dijo Panecio que merecía ser encomendado á la memoria sin dejar palabra dél; en el cual pone aquel autor con tanto primor todas las calamidades del mundo, que parece que no nacieron los hombres para mas que para pagar delitos y pecados; porque en naciendo el hombre, luego pensarás que nace, no el señor y gobernador de todas las cosas, sino el siervo de todas las miserias; porque en la niñez luego le salen á recibir lágrimas, gemidos y flaqueza, sin uso ni del cuerpo ni de la razón, dolores y molestias sin cuento. A la juventud unos ardores de la sangre nueva, sin prudencia ni juicio, un desprecio de las cosas útiles y loables, un apetito de deleites perpetuo y de torpezas muy ordinario, una ignominia de los verdaderos bienes, un furor para con sus iguales, una soberbia contra sus mayores, y no menor arrogancia para con los menores. De aquí nacen las pendencias, las enemistades, las injurias, y un tropel de otras mil molestias, una infelicidad del menosprecio de lo honesto, y una infamia de las torpezas seguidas sin rienda, lágrimas y enfermedades, y muchas veces un aborrecimiento de sí mismos, nacido del conocimiento del infame sueldo de los pasos torpes; tras esto la perdición del gastar sin juicio ni duelo, sin cuidado de lo porvenir, de la pobreza, de los hijos, de la decendencia y de la familia; que si alguno dijere que son cosas nacidas del vicio de la edad, y no miserias del hombre, solo mudará el nombre; pero no negará ni quitará las miserias dichas, ni puede decir nadie que no sean naturales, porque algunos no las tengan, como si negase que el airarse sea natural, porque hay alguno, cuál y cuál, que no se enoje, ó el vivir en compañía porque alguno haya hecho vida solitaria. Así que naturales son estas miserias, que aunque no se hallen todas en uno, pero todas en todos y algunas en muchos, y aun muchas en uno, se conocen á cada paso.

Pues ¿qué diremos de la edad perfecta de varón? No será difícil entender las miserias; pero será lo contarlas, pues es una edad que entre todas mas anda entre peligros de la vida, de la honra y hacienda y de sobresaltos del alma; porque, así como es entre todas las edades la mas cómoda para negocios públicos y particulares, así es la mas sujeta á las miserias, que del gobierno público y particular suelen tener nacimiento; porque, así como tiene cargo y administración de los negocios de la patria, amigos, etc., y de ahí la gloria cuando suceden con felicidad, así las miserias y melancolias. Aquí asentan las quejas del pueblo, aquí la culpa de los malos, la envidia de lo bueno, los peligros, calumnias y asechanzas. Una edad es siempre para sí enojosa, nunca sosegada, siempre trabajada, siempre solícita y congojada; la cual, si no fuese alguna vez con algún deleite ó interés entretenida, en ninguna manera podría sustentarse; pero es tan grande el número de las miserias y la gravedad dellas, que ninguno hay tan fuerte que no baste á derriballe del cuidado de negocios públicos; y pone ejemplo en sí Cicerón de las calamidades y peligros que en servicio y defensa del pueblo romano había padecido.

Luego dice: Pues los trabajos de la edad que queda, que es la vejez, ¿qué necesidad hay de decir nada, pues el nombre mismo de enfermedades y flaquezas las pregonan y el aspecto de los viejos las publica? ¿Qué otra cosa es ver un viejo temblando, acorvado, cano, sin fuerzas, enfermo, que ver un muerto vivo ó un vivo muerto? Y si alguno tuviere por consuelo de los viejos la prudencia ganada con tan larga experiencia, antes de ahí se toma nuevo desconsuelo, porque el que sabe lo que se ha de hacer, ¿cómo no tendrá dolor de no poderlo poner por obra por falta de fuerzas? Cómo no sentirá no poder ayudar con la obra al que ayuda con el consejo, mayormente entendiendo que para la obra es necesario tanta prudencia como para el consejo?

Tras esto, trata de los estados, que divide en tres partes: mayores, menores y medianos; de los mayores, los peligros en cosas graves y guerras, expuestos y ofrecidos á temores, cuidados y congojas, cuales Dionisio dió á entender á Damócles, su amigo, cuando le puso en el convite la espada sobre la cabeza; qué pocas victorias, qué grandes daños cuando las alcanzan, que cuestan mas que valen. Pues cuando sucede desbaratarse el ejército no hay mas miserable estado, pues se junta con pobreza, captividad, lágrimas y menosprecios.

Dirásme que hay reyes ó tiempos sin guerras ni alborotos, y libres de polvareda y estruendo de soldados, y que á lo menos esos vivirán en pacífica posesion de sus reinos, gozando de los deleites y regalos dellos, sin tener quien se los inquiete. Antes te digo que, como la naturaleza humana no puede sufrir ociosidad, el mismo rey cual tú le pintas, cuando otro no le moleste, se molestará á sí mismo, porque siempre le fatigará el pensamiento, ó de adelantar imposiciones, ó de dilatar sus tierras y ganar ciudades, emparentar con los mas poderosos ó trabar amistad con ellos. Y quien desto trata, ni puede juzgarse por libre de molestias ni dejará á los demás libres dellas. Y por no tratar de la avaricia, que suele combatir fuertemente los ánimos de los tales, pasemos á la infima suerte de los hombres, que va por otra vereda; porque, como tiene el nombre de infimo, así tiene la sujecion á todo género de calamidades y miserias. Allí aporta la pobreza, la hambre, las afrentas, las injurias, los pechos y tributos, las molestias de los soldados, y finalmente todos los males; y uno dellos, y el peor, es que los demás, cuando alguna calamidad viene por su casa, tienen muchas cosas con que della pueden consolarse; pero á esta gente la misma naturaleza les cerró las puertas todas por donde pudiese entrarle alguna consolacion. Pues los medianos no se escapan de miserias, porque participan de las de los mayores y padecen con los menores; porque, puestos en este medio, obedecen con los ínfimos á los mayores, y padecen con los supremos de los menores.

Y dejando estos, pasa al sexo de las mujeres, las cuales padecen en su tanto las miserias que se han dicho de los hombres; las cuales son tanto mas intolerables, cuanto es el sexo mas flaco para llevarlas. ¿Cuántos trabajos y cuán graves padecen con las muertes de maridos, padres, hijos y hermanos? Pues cuando casan con un marido que sale loco ó flojo, y descuidado del gobierno y provision de su casa, otros son jugadores y

pródigos de lo que no ganaron, de donde vienen en casa la pobreza y las lágrimas, que tanto mas tristes son cuanto menos pueden valerse de otros hombres que remedien sus daños. Aquí comienza Ciceron á lamentar á su hija del dolor que recibió del destierro de su padre, de las adversidades de sus maridos, y cuántas lágrimas le costaron, y aunque no le faltaron algunos bienes á su vida; pero que sentencia es de los mas sabios que el dolor de pocos males suele ser tan grande cuanto el gozo de muchos bienes; lo cual es sentencia de Aristóteles, que sentimos mas el dolor que la mesma cantidad de gozo nos da de contento. Prosigue Ciceron diciendo que, aunque pudiera en este punto decir muchas cosas, no las quiere callar; pero que esto no calla, que una de las grandes miserias de las mujeres es, que cuanto la vida les dura, siempre es forzado ser sujetas; cuando están por casar, á sus padres y á sus deudos lo son; cuando casadas, á sus maridos, á quien obedecen y sirven; así que, cuanto menos libres, tanto mas miserables, y nunca están libres sino al salir desta vida; de manera que solo después de muertas se pueden decir felices y dichosas; y no sé cierto (dice) qué mas se puede decir. Pues hablando de nosotros, dice Tulio: El casado, fuera de las comunes calamidades, es atormentado desta particular: que es combatido, fuera de sus cuidados propios, ahora de los de mujer, hijos y familia, sin poderse apartar un punto, ni con el pensamiento solo, de la que por matrimonio juntó á sí. Y concluye este filósofo que un ánimo de un hombre tan cercado de calamidades ¿qué cosa podrá hacer ni pensar que loable sea? Y que es milagro que no se de caer, y como desesperado, se esté en tierra sin quererse levantar.

Pero, aunque el testimonio destes filósofos sea tan grave, mas lo es el del Espíritu Santo, que por Job prosigue con mas autoridad este argumento; donde, viendo las miserias desta vida y los trabajos que en ella se pasan, maldice al día en que nació, por ser principio della. Y prosigue pintando con muchos encarecimientos la mala suerte de los que la viven. Y en lugar de lo que Platon dice, alegando al primero que lo dijo, que lllore en buena hora el que nace, porque entra en poder de tantos males como la vida tiene, dice Job que mejor fuera no nacer, ni tener vida ni ojos, para ver tantos males como la del hombre tiene; y semejante sentencia dice Salomon viendo los trabajos y calunias de los inocentes.

De aquí se entiende cuán engañados andan los hombres que, pensando escapar de duelos y trabajos, gastan toda la vida en pretensiones y en procurar mejorar estado, pensando hallar en el que no tienen mas descanso; pues donde quiera que vayan, han de hallar trabajos y fortunas, quizá mayores que los que procuran dejar, á costa de nuevos sudores y trabajos, que son como los que de noche se hallasen dentro de un grande lago de agua y cieno atollados hasta la cintura, que, procurando para salir dél mudarse de los lugares donde están ó mejorarse, suelen dar en lugar mas hondo y quedar mas dificultosa la salida, y sentirse mas los cepos de lodo; porque todo el suelo está cenagoso do quiera que fueren, y mucho mas donde menos piensan. A los cuales

viene muy á propósito lo que Amós, amenazando al pueblo, decia, que no podrian huir la persecucion que Dios les habia de enviar. Así como si un hombre huiga de un leon, y huyendo le salga un oso al camino, y huyendo deste entre en su casa, y asiéndose de un agujero de una pared le muerda una culebra, etc. Así son los que, por huir del trabajo de un estado, se procuran poner en otro, mayormente cuando el que de bajo y humilde estado procura alcanzar el alto, pensando escapar del trabajo que en el que ahora tiene padece, como los de Babilonia, que á gran costa y sudor edificaron una torre, en cuya altura se asegurasen de las aguas del diluvio si acaso otra vez viniere; como si allí les faltaran trabajos si vivieran, ó le faltara á Dios con qué castigarlos ó afligirlos. Así que, cuando la fortuna se te mostrare favorable para salir de los trabajos de los pobres, en esa mesma hora entras sujeto á los de los ricos; y al revés, que muchos hay que, pensando escapar de los que tienen, dejan estados, mitras y prelacías, y se recogen á vida mas pobre y solitaria, donde se prometen mas descanso, aunque estos mas aciertan; porque lo mas seguro, segun dice Aristóteles, es la mediana fortuna; y Séneca, restituido por Claudio á Roma, de Córcega, donde estaba desterrado, hallándose en Roma peor por el mal tratamiento de Neron, se lamenta, quejándose de la fortuna en los versos, que se siguen:

*Quid me potens fortuna, fallaci mihi  
Blandita vultu, Sorte contentum mea  
Allè extulisti, gravius ut ruerem, aedita  
Receptus arce totque; prospicerem metus?  
Melius latebam procul ab invidiæ malis  
Remotus inter Corsicæ rupes maris  
Ubi liber animus et sui juris, et mihi  
Semper vacabat, studia recolecti mea:*

¿Por qué quisiste, poderosa fortuna, viviendo yo contento con mi suerte, levantarme en alto, mostrándome un rostro blando, pero falso, para que fuese mas grave mi caída, puesto en un alcázar para que de allí, como desde atalaya, descubriese tantos temores? Mejor me estaba yo retirado entre los peñascos del mar de Córcega, lejos de los daños de la envidia, donde gozaba de un ánimo libre y todo mio, y con sobra de tiempo y quietud recorria la memoria de mis estudios.

Así que siempre, y en cualquier lugar y estado hay trabajos, y la razon dello es, que á cualquier parte que vamos y en cualquier negocio que entendamos, llevamos siempre con nosotros la principal razon dellos, que es á nosotros mismos; como á san Gregorio dice san Basilio, que los que navegan al principio llevan revuelto el estómago, y eso se me da en la nao, que saliendo al batel, que quedando en el agua, que saltando en tierra, siempre vomitan y la razon es, porque el estómago revuelto y provocado, va siempre con ellos. Lo mismo acaece á los enfermos, que apetezen siempre camas frescas, y aunque en ellas luego luego sientan algun alivio, pero presto tornan á pedir otra cama, y aun la mesma que dejaron, y la causa es, porque llevan siempre consigo la calentura, que les inquieta y atormenta. Lo mismo es cuando en el invierno deseamos al verano; y al revés, en el verano al invierno, que en uno y en otro tiempo se siente trabajo. Tan verdadera es aquella

sentencia de Eurípides: Loco y sin juicio eres si piensas poder vivir sin trabajos, siendo mortal, como eres.

Pues si esto es así que do quiera hay trabajos, ¿por qué no harás tú, que lo entiendes, de fuerza virtud, y los padecerás con fruto? ¿Qué mas miel hallas en los del diablo ó mundo que en los que padeces por Dios? Pues estos son frutuosos y se alivian con la fe, esperanza y caridad; pues la causa del padecer dice san Agustin que es la que hace mártires, y no lo que se padece; y estos son semilla de la vida y holganza eterna, y los otros de penas infernales multiplicadas, como dice Job. Y pues se quema tu casa, caliéntate al fuego, como los discretos dicen, y saca de poco mal y daño bien y provecho infinito.

## DISCURSO II.

Que no es regla cierta para juzgar del hombre, si es amigo ó enemigo de Dios, el trabajo ó la prosperidad en que vive.

De lo dicho en el discurso pasado, especialmente de la generalidad de los trabajos, se colige clara y manifestamente cuán errado anda el vulgo de los que piensan que todos los trabajos y calamidades vienen á los hombres en castigo de alguno ó algunos pecados; lo cual, aunque se tenga por cosa cierta en los trabajos comunes, grande error es pensar que siempre sea lo mismo en los particulares. De lo primero tenemos muchos lugares y ejemplos en las sagradas letras, que en el *Deuteronomio* lo manda avisar Dios á Moises, diciendo: Y sabrás que tu Dios y Señor es fuerte, poderoso y verdadero, misericordioso para mil años y generaciones con los que le aman y obedecen, y castigador riguroso y apresurado con los que le ofenden, de tal suerte que luego y sin dilacion, les da el castigo que merecen. Cuando castigó el mundo con el diluvio, da la razon de tanto enojo porque la tierra estaba llena de pecados y maldades; y así, pensaba destruir los que las obraban con la mesma tierra. La esterilidad de los años dijo un profeta que venia por esta misma razon: Oid el recado de Dios, hijos de Israel, que entra en cuenta con los que viven en la tierra; porque en ella no hay verdad ni misericordia, ni conocimiento de Dios, sino avenidas de pecados, de murmuraciones, mentiras, homicidios, hurtos, adulterios en tanta abundancia, que se alcanzan unos á otros; por esta razon yo haré que la tierra illore y enviaré enfermedad sobre todo lo que vive en ella, de suerte que no quede bestia del campo ni ave en el cielo, y aun los peces de la mar diré que se alboroten y se recojan, que es decir que les vendrá su calamidad. Y dando á entender que le pesa á Dios destes castigos, dice Hieremías: ¿Hasta cuando ha de llorar la tierra, y se ha de secar y abrasar toda la yerba della por los pecados de sus moradores? Esta fué tambien la causa de aquella larga esterilidad de tres años y medio, como parece en la razon de Elias cuando la pidió. Pero mas claro se ve en aquel razonamiento que Achior hizo al capitán Holoférnes, que, estando sobre la ciudad de Babilonia, se mostraba muy espantado y despechado de la resistencia que el pueblo hacia con tanta porfia al gran poder de Nabucodonosor, que, declarándole Achior el suceso de su privanza con Dios, y las mercedes que les habia hecho desde que salieron de Caldea, y la salida de

Egipto, donde vivían oprimidos, dejando ahogados los enemigos, sin quedar uno que llevase la nueva; habiendo ellos pasado á pié enjuto el mar, apartándose las aguas dél, y haciendo calle ancha por donde pasasen, le dice que estos y otros semejantes favores sentían todo el tiempo que no le ofendían; pero que la hora que se apartaban de sus leyes y mandamientos eran entregados en las manos de los enemigos, con grande oprobrio y afrenta. De donde le aconsejaba que supiese si los cercados estaban bien con su Dios; porque así, sería locura acometellos, y que si no lo estaban y le habían ofendido, que sería cierta la victoria. Lo mismo aconsejó Balaan á Balac, que procurase que ofendiesen á Dios los de su pueblo, y que por aquí alcanzaría su intento. Así que, lo que es castigo y trabajo comun, comunmente suele venir por pecados de aquella comunidad.

Podría ser que el juicio errado de los trabajos particulares haya nacido de la verdad ya dicha, y del consejo que toman los buenos en semejantes calamidades, de atribuir con humildad á sus propias culpas el trabajo que Dios envía; pero el error de los trabajos particulares ha sido muy recibido en el mundo, y ha durado tanto, que, dejado aparte lo que los hermanos de Josef luego coligieron cuando se vieron en Egipto en tantos aprietos, mas claro es lo de los amigos de Job, que le afligian dándole á entender, que todas sus calamidades le habían sucedido por sus pecados. Y hasta el tiempo de los apóstoles hubo quien juzgase, que san Pablo era homicida, por verse mordido de la víbora, que el juicio de los hados no consentía que viviese. Y lo que es peor y mas grave, el inocentísimo cordero Jesucristo, nuestro redentor, fué contado con los malhechores y malvados, segun lo profetizó Esafías y lo alega san Lucas; aunque aquí el juicio no fuera errado, si se juzgara que era por pecados, como no pensarán y juzgaran por las penas, que eran propios suyos, pues por los de todo el mundo que fueron tantos y tan graves, fué puesto en tanta aflicción el hijo de Dios. Y hasta los tiempos de agora ha durado en muchos este mal juicio, que, cuando ven á alguno en alguna grande tribulación ó trabajo, se les ofrece luego que debe de tener á Dios enojado; y así lo platican, siendo por otra parte, personas sabias y discretas. Y á la verdad no me espanto que se les ofrezca esta consideración, pues la naturaleza de los bienes y prosperidad es, ser premio de la virtud; y la de los males y penas, ser castigo de los viciosos y malos. Y algunos tomaron ocasión de las palabras que el Señor dijo al paralítico: Anda en paz y no quieras mas pecar, porque no te acaezca otra peor que la pasada.

No se puede negar que muchas veces, no solo al malo pero al bueno, envía Dios trabajos por sus pecados; que del inocentísimo Job lo siente aun san Agustín, hablando dél por estas palabras; dice Job del Señor: Muchos golpes me ha enviado sin causa; no dice, ningunos me ha enviado con causa, sino muchos sin ella; porque no sufrió lo mucho que sufrió por pecados, sino para prueba de su paciencia, que por los pecados, sin los cuales él mismo confiesa no haber vivido, el mismo juzga que merecía padecer algunos trabajos de los que padeció; hasta aquí son palabras de san Agustín. Así que

no se niega que algunos trabajos envíe Dios por pecados, sino niégase que sea esa la señal de ser pecador; lo cual dice el mismo doctor del mismo Job, en otro lugar, diciendo: Cuán grande haya sido el santo Job, confieso que lo ignoramos; pero esto se sabe que fué justo, esto también se sabe que en sufrir grandes y horrendas tentaciones fué grande; sabemos que todo lo sufrió, no por pecados, sino para mostrar su justicia. De suerte que san Agustín siente que ni todo por pecados, ni todo lo sufrió sin ellos, como parece juntando estos dos lugares dichos. El bienaventurado san Juan Crisóstomo declarando aquel paso del apóstol y evangelista san Mateo: Quien pecare contra el Espíritu Santo no le será perdonado en este siglo ni en el venidero; dice: Si no hiciéredes penitencia, ni en esta vida ni en la venidera podréis escapar del castigo, porque todos los hombres del mundo son en cuatro maneras: unos pagarán en esta vida y en la otra, otros en esta vida solamente, otros solo en la otra, otros ni en esta ni en la otra. En esta y en la venidera, como los de que va hablando aquel texto, que, demás de lo que de los romanos padecieron, les aguardaron allá graves tormentos en el infierno, y asimismo los de Sodoma y Gomorra, que comenzó desta vida el fuego que agora padecen; en la otra vida solamente, como el rico avariento de quien habla san Lucas; en esta solamente, como el fornicario de quien habla el apóstol á los corintios; y los cuartos son los apóstoles y profetas, que no tuvieron que pagar, y el santo Job y los semejantes; los cuales, si tuvieron en esta vida trabajos y aflicciones, no fueron en castigo de pecados, sino para que su vitoria y esfuerzo fuese conocida.

Pero para mayor claridad desta doctrina, no hará poco al propósito traer otra muy provechosa del bienaventurado san Agustín en los libros de la ciudad de Dios, donde distingue dos maneras de bienes y de males. Unos bienes son propios de los buenos y premio de su virtud, y los males propios de los malos y castigo de sus vicios y pecados; y estos no los hay agora en el mundo, hasta el día del juicio, que vendrá Dios á repartillos tan puros y sin mezcla, que ni los bienes tendrán rastro de pena, ni las penas de los malos le tendrán de consuelo; lo que no tienen los bienes y males desta vida, que ningun bien hay que no tenga alguna mezcla de mal, ni mal que no tenga alguna de consuelo; que si las riquezas son bienes desta vida, no las hay tan cumplidas, que den cumplido contento al poseedor, ni hay pobreza ni tribulación que no tenga consigo algun contento; pero en la otra vida el bien del cielo será sin pesar ninguno, y el mal del infierno sin consuelo. Lo cual dice mas en particular Teodoro, explicando á este propósito aquel verso del salmo: La voz del Señor corta por medio la llama del fuego. Dice que esta división que la voz de Dios ha de hacer de la llama el día del juicio, será de dos calidades que tiene, que son quemar y alumbrar, que la primera dejará en el infierno para abrasar aquellos miserables, y la segunda, enviará al cielo para que tengan alegre claridad los bienaventurados. Y aun siguiendo esta doctrina podemos decir con san Gregorio en los *Morales*, que aun la del quemar divide Dios, como lo hizo en el horno de

Babilonia, donde le dejó esta virtud para quemar las ataduras de sus siervos, y se la quitó para que no les pudiese lastimar. Y lo mismo podemos decir de la luz del fuego, que la dividió, dejando la parte sin pesar á los santos bienaventurados, y apartando parte della para que los condenados vean visiones de demonios y á otros condenados, que por haberlo sido por su ocasión ó causa, ó por otras razones, serán atormentados con lo que vieren. Y asimismo la calidad del quemar dividirá, porque esta tiene dos efectos: el uno consumir, el otro atormentar; y este segundo quedará en el infierno, y el primero se les negará; porque eso se querrian los malaventurados, acabarse y consumirse, por no perpetuarse en aquellos tormentos; pero esta irá al cielo para bien de los bienaventurados, que aunque ellos no serán ni pueden ser consumidos ni acabados, pues ya en la perpetuidad han de correr á las parejas con Dios, como á la criatura es concedido, sin mudanza ninguna en gracia ni en naturaleza; pero consumirse ha el pesar y descontento de suerte, que ni con sentidos ni con entendimiento ni memoria ni pensamiento puedan padecer una sombra de pesar. Y, si como la luz que dijimos que se apartó del fuego, no es con que ellos se han de alumbrar; porque la luz de aquella region ha de salir del mismo cordero Hijo de Dios, y así se dice aquello por una semejanza; así, el consumir del pesar se dice por otra, aplicándose al fuego, no habiendo de salir sino del mismo Señor, en cuya vista consiste la gloria que consume todo pesar y tristeza. Aun otra manera de división alcanzó san Agustín en el fuego por la virtud de Dios, en otro lugar, que es en el libro segundo de *Las maravillas de la sagrada Escritura*, donde va probando que no hace Dios desde que crió las cosas ningun milagro, criando alguna de nuevo, sino mandando como quiere á las que entonces crió, y juntando y apartando sus calidades. Y hablando del fuego de Babilonia, cómo abrasó á los atizadores no tocando á los siervos de Dios que estaban dentro del horno, dice, que el milagro fué, que dividió Dios de la llama la humedad que tiene mientras dura, como tenemos experiencia, que en acabándose esta ya no hay fuego ni llama, sino ceniza; así que, no hay sustentarse la llama sin aquella humedad. Y esta dice este santo doctor que apartó Dios, y la volvió en rocío suave para recrear los mozos, y dejó aparte la llama para abrasar los ministros atizadores del fuego.

Todas estas delgadezas destes santos cifró la sabiduría de Dios en aquella sentencia de su libro, diciendo, cuando cuenta que bajaba en Egipto junto fuego y granizo ó hielo: El fuego abrasaba los ganados de los egipcianos, como parece en el libro del *Exodo*. Y tanto mas, dice la *Sabiduría*, ardía el fuego, cuanto mas venía mezclado con agua y granizo; que es cosa maravillosa. Y en la tierra de los hebreos no caía el granizo, sino el fuego solo; y olvidado, como allí dice, de su propia virtud para no dañar los ganados, árboles y sembrados de los del pueblo de Dios, que á esta cuenta mas venía para abrigallos que para abrasallos con los de los egipcios. Dando pues la *Sabiduría* la razón destas maravillas, dice luego: Porque la criatura, sirviendo á tí, Señor, que eres su criador, y obedeciéndote, se encruellece para

E.xvi-1.

atormentar los malos, y se ablanda para hacer bien y regalo á los que en tí confían; pues esta obediencia que á su Dios y Criador tienen las criaturas, tendrán en el día que él mismo las armará para vengarse de sus enemigos; y esto será, segun lo que estos santos dicen, escondiendo sus calidades buenas y favorables, para que no lo sean á los malos, y apartándolas para comunicar á los buenos y bienaventurados, para que por este camino los unos gocen puros los bienes en premio de sus virtudes, y los otros puros y sin mezcla los males en castigo de sus pecados. Otros bienes y males dice este doctor santo que son mezclados; y estos quiso Dios que fuesen comunes en esta vida á los buenos y á los malos, para que entiendan los unos y los otros que ha de venir tiempo en que á cada uno se le dé el premio ó castigo cual sus obras merecen, y que no se engañen cuando vean los bienes ó males de esta vida, pensando que estos han de ser los que les están aparejados; sino que, viendo el malo las penas en el bueno, entienda que no son aquellas las que le han de caer en castigo por sus pecados, pues el bueno inocente las padece; y así mismo entienda el bueno, viendo los bienes desta vida, en los malos; que otros de mas quilates tiene Dios guardados con que premiarle sus obras, pues el malo, que no las ha hecho, goza en esta vida dellos. De donde se entiende aquel lugar de la *Sabiduría*, que dice: El justo que muere es condenación del malo que vive; y la juventud que en agraz se corta, condena la vida larga del malo; porque cuando al bueno le quitan temprano la vida sin tener pecados que merezcan sacarle della, ¿cómo no temerá el malo, que con muchos pecados ha merecido muchas veces la muerte? Que es en sentencia lo que el Señor dijo á las mujeres desconsoladas que le acompañaban yendo á morir camino del Calvario: Si en el madero verde hacen lo que veis; esto es, en el que está tan lejos de merecer el fuego de los trabajos, por no haberlos merecido, ¿qué será en el seco, que á puros pecados está cerca y como llamando al fuego?

Y pues estos trabajos se hallan en buenos y malos tan sin diferencia, señal es que no lo debe ser cierta de ser el que los padece enemigo de Dios. Buen argumento es desto ver la Madre de Dios, inocentísima, llena de angustias, tan afligida con trabajos. A san Juan Bautista, antes santo que nacido, con mucha penitencia y trabajos, y al fin muerto por ocasión de pecados ajenos. Ver á los apóstoles y muchos mártires y confesores, de cuya sangre, persecuciones y trabajos está enriquecido el inmenso tesoro de la Iglesia, que el Redentor quiso que así fuese, aunque la riqueza de su sangre que le fundó era infinita; pero con eso, poniendo san Pablo los ojos en sus trabajos grandes, reconoció este favor de su Señor y Maestro, cuando dijo: Estoy cumpliendo lo que falta de las pasiones de Cristo para servir con las mias á su cuerpo, que es la Iglesia. No porque faltasen pasiones en Cristo, que fueron muchas, y en valor infinitas, siendo, como era, Hijo de Dios, que aquí nadie tenía que cumplir ni añadir á lo infinito; sino cumpliendo lo que el Señor de los suyos tenía determinado, que de sus obras, esto es, de las penas que sin merecerlas por pecados padecían, se añadiese por virtud y méritos del mismo Señor, á aquel divino tesoro en favor de quien